escribidores en la WEB

RELATOS CREADOS POR HOMBRES Y MUJERES MAYORES DE 65 AÑOS DEL TALLER ESCRIBIDORES (DESDE 2017) MIRAFLORES. escribidores40@gmail.com

ew28

El intento (*)

Escribidora:
AUGUSTA ALFAGEME
(Lima, 1950)

Me afeito y no dejo de pensar en ella. Unas pequeñas manchas en el espejo me distraen… Divago, la navaja me raspa la cara, ojalá no me corte… Estoy con sobrepeso. ¿Por qué no salgo a correr: flojera o falta de motivación?... Extraño a mis patas del anterior barrio… No puedo recordar su rostro, aunque me da vueltas en la cabeza. ¿Qué floro le puedo decir?

Es domingo, el tráfico fluye rápidamente desde la Pershing hasta la Salaverry, ojalá siempre fuera así, el día está frío, no veo mucha gente en la calle y la que hay, a diferencia de otros días, camina tranquila y sin tensiones, me bajo en la Feria del Libro y encuentro un café cerca del auditorio donde ella va a presentar un libro. Sus rasgos se desvanecen en mi mente, pero al ver su fotografía en un stand de la Feria recreo nuevamente su imagen: hermosa, morena, exótica, alta y con una linda figura. Mientras espero el café comienzo a recordar cómo nos conocimos hace unos veinte años, aunque es un decir, pues fui invisible para ella.

Entrar a una universidad privada fue un cambio para mí. Venía de un colegio público en el cual mi único aprendizaje era haber sido un "leedor" voraz de todos los libros que encontraba. Me divertía contando o reinventando historias de esas lecturas, lo que hizo que mis amigos hicieran apuestas sobre lo que iba a hacer en el futuro: profesor por lo de hablador, filósofo porque siempre cuestionaba lo que me enseñaban, o escritor por mi imaginación.

Al iniciar mi estadía en la universidad, me volví tímido y taciturno. El ambiente era distinto al de mi escuela. Pasé varios meses sin saber cómo acercarme a mis compañeros, lo que me convirtió en un excelente observador del ambiente estudiantil. Cuando no estaba en clase, me iba al patio o a los jardines a estudiar. Todos los días, sacaba de la biblioteca uno o dos libros que terminaba de leer en mis viajes de tres horas desde San Juan de Lurigancho a San Miguel. En esa afición me pasé varias veces el paradero o fui presa fácil de los carteristas.

En esa época se despertó mi afición por el cine, lo que me permitió hacer nuevas juntas para buscar películas que se proyectaban fuera del círculo comercial. Mis amigos venían de provincias y de colegios públicos, aunque encontré algunos "pitucos" abiertos. Mi beca de estudios y el esfuerzo de mis padres me permitieron estudiar sin tener que trabajar aunque seguí dando clases de matemáticas en el barrio.

Un día, cuando corría para llegar a la primera clase de filosofía, me quedé pasmado viendo a una chica muy delgada de rostro precioso; sus larguísimas piernas destacaban con su minifalda negra y un polo blanco que delineaba su pequeño busto. Sus ojos de forma y color almendra, me miraron fugazmente pidiéndome le diera paso mientras me mostraba una tenue sonrisa seductora. No dijo nada… Yo solo susurré un Hola y me quedé en silencio al aspirar su perfume olor de vainilla.

Caminé hacia atrás del salón buscando ubicarme en un ángulo especial para contemplarla sin que se diera cuenta. Al verme mirándola se volteó y de nuevo me mostró su tenue sonrisa. Me pareció frágil y vulnerable.

El tiempo pasó mientras inventaba frases inteligentes para abordarla, llegaba temprano a la clase, pero permanecía afuera esperando que se sentara para pasar a su costado rozándola levemente antes de sentarme al fondo. Nunca pude entablar alguna plática con ella a pesar de los discursos que escribía en mi cabeza. Uno de mis patas me dio su nombre y me dijo que era hija de un escritor, cuyas obras empecé a leer pensando en un tema de conversación. Me sentí imbécil de pretender abordar a Emilia Fuentes de esa manera, mientras andaba al tanto que se le cayera algo, su cartera, un cuaderno, un arete para decirle un chiste, pero nunca ocurrió. Una de mis amigas, que la conocía, me dijo:

—¡Olvídala! es una chica distante, inalcanzable.

Al finalizar las clases de filosofía ella se fue a comunicaciones y yo a ingeniería, dos mundos aparte. Mi vida continuó, me gradué, hice una maestría en Canadá y me casé, (también me descasé), tengo un hijo al que adoro, pero sigo pensando ¿qué hubiera pasado si le hubiera hablado?

Mientras, me siento en el café, me pregunto sin querer profundizar ¿por qué la quiero ver hoy? No lo sé, quizás por curiosidad, quizás para cambiar el pasado… o para saber de la nueva generación de artistas plásticos a los que ella pertenece. Lo cierto es que la posibilidad de verla de nuevo ha despertado en mí, viejas emociones, algo de ternura recordando su fragilidad, alegría por el reconocimiento a su talento pero también ira y cólera contra mí por haber sido tan pusilánime.

Termino de comer y me dirijo al auditorio donde se va a presentar el libro y, sin que pase un segundo, retrocedo y salgo para pararme afuera, cerca del salón contiguo. Así veo nuevamente de reojo a Emilia entrando a la sala. Está con un vestido negro largo, ceñido al cuerpo que la hace más delgada y con el pelo hasta la cintura. Tan solo una vincha la adorna. Mi amigo Miguel me diría "está riquísima". Yo la veo más linda y seductora que antes, pero lo único que hago es huir. No puedo caminar para cambiar de rumbo y buscarla, el speech que traía para atraer su atención, abortó. Lo único que hago es quedarme inmóvil igual que en la universidad, la veo de lejos y me concentro en mirar su rostro y su figura. En un momento, me siento valiente y busco salir para atajarla a la salida, me quedo admirándola de lejos como si fuera la actriz principal de una película mientras sale del salón. Quiero correr hacia ella, pero no puedo. Finalmente, salgo de la feria y camino por la Salaverry.

Hoy, me llamó Miguel, y como no tiene pelos en la lengua, me increpó:

—¡Eres un cabrón! Solo tenías que comprar su libro, decirle cosas bonitas de su presentación y pedirle una dedicatoria o su autógrafo, mientras le mencionabas algo de la universidad, de repente ella misma te podría haber invitado… qué se yo… a conversar.

—¡Lo intenté!… Tenían razón, es inalcanzable.

—No, huevón: únicamente tú la hiciste inalcanzable.

TALLER CREATIVO ESCRIBE UN LIBRO TU LIBRO Milagros Salas Ochoa

(*) Publicado en el libro ***vida poco común*** de los Diezscribidores